
Biografía de una colección y su coleccionista: los vestigios de Aníbal Echeverría y Reyes en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago

Benjamín Ballester*

RESUMEN: Aníbal Echeverría y Reyes fue uno de los más importantes coleccionistas de objetos precolombinos del desierto de Atacama en el Chile de comienzos del siglo XX. Aunque su colección arqueológica ha sido profusamente estudiada, al punto de servir de base de buena parte de la prehistoria del norte de Chile, prácticamente nada se sabe acerca de la vida y obra de este personaje, menos aún de los motivos y circunstancias que dieron cuerpo a su colección, como tampoco de sus trayectorias y biografías. Este artículo intenta abordar estas incógnitas a través de documentos de archivo y el seguimiento de sus colecciones en distintas ciudades y países, tomando como referencia la fracción de su colección depositada hoy en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

PALABRAS CLAVE: Atacama, Antofagasta, coleccionismo, arqueología, objetos precolombinos.

ABSTRACT: Aníbal Echeverría y Reyes was one of the most important collectors of pre-Columbian artifacts from the Atacama Desert, Chile, during the early 20th century. Although his archaeological collection has been extensively studied, and serves as the basis of current knowledge about the prehistory of northern Chile, practically nothing is known about his life and work. Much less is known about the motives and circumstances that led to his collection, or about their trajectories and biographies. This article is an attempt to address these uncertainties through archival documents and the tracking of his collections in different cities and countries. We take as a reference the fraction of his collection deposited today in the National Museum of Natural History in Santiago.

KEYWORDS: Atacama, Antofagasta, collectionism, archaeology, pre-Columbian objects.

* Benjamín Ballester es Curador Jefe del Museo Chileno de Arte Precolombino. Es arqueólogo (Universidad de Chile), máster de Investigación en Arqueología de la Prehistoria y Protohistoria (Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne) y candidato a doctor en Arqueología (Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne). Actualmente desarrolla un proyecto de investigación acerca de la red global tejida con la diáspora de objetos precolombinos desde Atacama hacia el resto del mundo gracias al coleccionismo (ANID-FONDECYT 1210046).

Cómo citar este artículo (APA)

Ballester, B. (2021). *Biografía de una colección y su coleccionista: los vestigios de Aníbal Echeverría y Reyes en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago*. Proyecto Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

La arqueología en Chile nace de la mano de coleccionistas –colectores/as y coleccionadores/as– de objetos y cuerpos precolombinos a lo largo y ancho del país (Orellana, 1982, 1991, 1996; Urbina, 2020). En desiertos, bosques, cordilleras, fiordos e islas, las excavaciones de tumbas y la colecta de antigüedades han sido recurrentes desde la época del primer contacto entre el mundo nativo y los forasteros europeos. Un fenómeno que se vio acentuado desde mediados del siglo XIX, en la llamada “Era de los Museos” (Cole, 1982, 1985), producto de la alta demanda nacional y extranjera de parte de casas de subasta, galerías de arte, museos, universidades y coleccionistas privados. Una realidad que continúa vigente –aunque a otra escala– todavía en la actualidad.

A nivel nacional, sin embargo, es muy poco lo que se sabe sobre la historia y naturaleza del coleccionismo de piezas arqueológicas (p.e. Ayala, 2017; Ballester, 2019, 2020; Ballester & San Francisco, 2018; Ballester *et al.*, 2019; Cabello, 2007; Gallardo, 1998; Gänger, 2014; González, 2010, 2017; Pavez, 2015; Quiroz & Olivares, 1990, 2008; San Francisco *et al.*, 2020; entre otros). Las reflexiones acerca de su rol en la construcción del actual estado de conocimiento arqueológico son todavía insuficientes y requieren aún de enormes esfuerzos de investigación. No obstante, basta simplemente con mirar atrás, hacia el pasado de nuestra disciplina, para identificar decenas de actores clave en la historia de la arqueología chilena, cuyo trabajo estuvo íntimamente ligado al coleccionismo de obras precolombinas, debido a que ellos mismos coleccionaban piezas o porque sus investigaciones giraban en torno a objetos en propiedad de otros coleccionistas.

Se podría afirmar entonces que el castillo interpretativo de la arqueología y de la prehistoria de Chile –así como el de otras naciones– reposa sobre algunos pilares que están fundados en el coleccionismo. De ser correcta esta aseveración, resulta preocupante que no se estudie y reflexione de manera adecuada en torno al trabajo de los coleccionistas y a la naturaleza de sus colecciones, junto a los objetos que la componen, pues lo lógico sería asegurar la fiabilidad del castillo antes de continuar construyendo sobre él (Ballester, 2020; Ballester & Cabello, 2021; Ballester & San Francisco, 2017). Es aquí en donde toman valor las líneas de investigación orientadas a comprender la biografía de los objetos, las colecciones y sus coleccionistas (Alberti, 2005; Byrne *et al.*, 2011; Gosden & Marshall, 1999; Hoskins, 2006; Pearce, 1994), ya que a través de ellas es posible juzgar sus trayectorias y relaciones, las circunstancias que

vivieron y las motivaciones que llevaron a su formación, así como los contextos y mecanismos que dieron cuerpo a los discursos que refieren a ellos. Una genealogía del conocimiento arqueológico que es fundamental a la hora de reflexionar acerca de cómo llegamos a saber lo que sabemos hoy, logrando así poner a prueba desde la arquitectura hasta los materiales del castillo.

El presente texto se enmarca en este enfoque y busca contribuir al conocimiento acerca del coleccionismo de objetos precolombinos en la escena nacional, andina y latinoamericana a partir de un caso de estudio particular: el señor Aníbal Echeverría y Reyes, y su colección hoy depositada en el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) de Santiago. Una historia que transcurre a fines del siglo XIX y, especialmente, durante la primera mitad del siglo XX, mucho antes de la formación de las carreras universitarias de arqueología en las décadas de 1960 y 1970. Una época en que existían otras percepciones sociales sobre la excavación de sitios arqueológicos y el coleccionismo precolombino, así como otra legislación sobre el trato de estos lugares, objetos y cuerpos. Es por esto un despropósito anacrónico juzgar apresuradamente los hechos y prácticas del pasado, sin situarlos justamente en su respectivo contexto histórico, social, simbólico y cultural.

Estudiar las biografías de Aníbal Echeverría y Reyes y sus colecciones es relevante por diversas razones. Una de las más importantes es que los objetos de esta colección se han convertido en cimientos de la arqueología y prehistoria del norte de Chile y, en particular, de la región de Antofagasta (p.e. Berenguer & Acevedo, 2015; Horta, 2011; Latcham, 1938; Looser, 1930; Oyarzún, 1929, 1931a, 1931b, 1948, 1981; Uhle, 1912a, 1912b, 1913a, 1913b, 1913c, 1915; entre otros). En segundo lugar, porque las referencias a la colección y sus objetos obvian su proveniencia, su proceso de formación en tanto colección, las motivaciones y circunstancias en las que fueron colectados, seleccionados y acumulados por su coleccionista; en pocas palabras, ignoran su contexto y biografía una vez extraídos desde los sitios arqueológicos. Finalmente, porque estudiar el coleccionismo obliga a reflexionar acerca de la manera en que nosotros mismos nos relacionamos con estos objetos precolombinos y el rol que les hemos otorgado en nuestras vidas —p.e. museos, cine, historietas, literatura, periódicos, turismo, publicidad, discursos científicos, imaginarios, etc.—, e invita a pensar cómo nuestra sociedad se relaciona con otras sociedades a través de la cultura material.

Vida y obra de Aníbal Echeverría y Reyes

El 18 de julio de 1864 nace en la ciudad de Santiago de Chile Aníbal Echeverría y Reyes. Su madre fue Pastora Reyes Guajardo y su padre José Echeverría Lazo, este último un reconocido coronel y héroe militar que participó en las campañas de la Araucanía, en la guerra contra España y en la del Pacífico (Feliu, 1969; Figueroa, 1928). El legado militar de su padre y los sucesos de guerra influenciaron fuertemente en su patriotismo (Figura 1). Cursó humanidades en los Padres Franceses de Santiago y Leyes en la Universidad de Chile, carrera de la cual se recibió a los 21 años, el 15 de junio de 1886. Con tan solo 19 años, en 1883 ingresó al servicio público como Jefe de Sección de Correos y Telégrafos del Ministerio del Interior (Feliu, 1969). En 1890 fue nombrado juez letrado de Talcahuano, en 1891 de San Bernardo, en 1895 promotor fiscal de Magallanes, en 1896 juez letrado de Putaendo y en 1901 de Cauquenes (Feliu, 1969; Figueroa, 1928).

Al poco andar decide dejar el servicio público para continuar con su labor de abogado de manera independiente, estableciéndose en Antofagasta. En sus propias palabras,

el 18 de Julio de 1903, entré como abogado, a la ex-Compañía de Salitres de Antofagasta, y en ella permanecí, sin interrupción, hasta el 26 de Junio de 1925, fecha en que adquirió sus bienes la Sociedad The Lautaro Nitrate Company Limited, en la que he continuado en iguales condiciones (Echeverría y Reyes, 1934, p. 5).

Su labor profesional lo llevó a ocupar el cargo de presidente del Colegio de Abogados en 1926. Asimismo, se desempeñó como cónsul de la República Mayor de Centro América en Valparaíso (1893), de Guatemala en Antofagasta, en 1905 y en 1928 es nombrado decano del cuerpo consular (Feliu 1969; Figueroa 1928). Paralelo al ámbito profesional participó a lo largo de su vida de diversas instituciones sociales y de beneficencia en el puerto nortino, tales como el lazareto (1905), la Sociedad de Instrucción Primaria (1908), fue fundador y miembro de la Asociación de Boys Scouts (1913) y presidente honorario de la Cruz Roja (1927) (Arce 1997[1930]; Núñez 2006). Además, colaboró en el proceso de construcción del Nuevo Hospital y del Club Hípico de la ciudad (Arce, 1997[1930]; *El Industrial*, 31 de julio de 1907; *El Mercurio de Antofagasta*, agosto de 1907).



Figura 1. Fotografía de Aníbal Echeverría y Reyes de niño, vestido de militar y cargando un fusil. Autor desconocido. Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Archivo Patricio Espejo.

Previo a su llegada a Antofagasta ya era miembro de la masonería. En 1894 se afilió a la Logia N°1 de Valparaíso y fue elegido Gran Secretario General de la Gran Logia de Chile (Carter, 2013; Gaytan, 2017). Años más tarde, ya asentado en el puerto, contribuyó de manera activa en la masonería local, especialmente en la reinstalación de la Logia Unión y Cultura N°14 (Romo, 2016). Sus actividades aquí se concentraron en el campo de la cultura, las artes y el conocimiento, lo que lo llevó a escribir varios textos en sus revistas y publicaciones.

La revista *La Llamarada* (segunda quincena de 1924), editada por la Federación de Juventudes Comunistas de Antofagasta, publicó en 1924 una semblanza inigualable acerca de la figura de “don” Aníbal Echeverría y Reyes, como se le conocía en el puerto:

Un viejito chico, de barba afeitada y delgadito como un tallarín. Desde que llegó a Antofagasta le ha gustado usar sombreros de paja negra y muy brillante, costumbre que ha adquirido –según dicen las malas lenguas– desde el día fatal que una simpática morena le cortó redondamente el cuarenta [...] Usa, generalmente, traje negro minuciosamente cepillado [...] Una de las características más notables de ‘don’ Aníbal, es sin duda ninguna, el magnífico y soberbio cuello que lleva en su pescuezo. Alto, colosalmente almidonado y de una blancura impecable. Diríase al verlo, que ha sido hecho expreso para dar cumplimento, de una manera cruelmente sagrada, a la promesa ofrecida a alguna milagrosa santa de la Corte Celestial [...] ‘don’ Aníbal, antes de todo, es el más ‘monomaniático’ de todos los abogados que pisan tierra antofagastina. El no tiene reparo en sacarse el sombrero para saludar a cualquier hijo de vecino, aunque este sea el más humilde de los humildes y el más infeliz de nuestros hermanos [...] En resumidas cuentas, ‘don’ Aníbal Echeverría y Reyes es un abogado que, a pesar de ser defensor de una institución inmensamente rica y poderosa, explotadora de tierra y pulmones chilenos, no tiene impregnada en su espíritu esa orgullosidad fatua que se ha apoderado de la mayoría de la jente profesional y burguesa (Figura 2).



Figura 2. Ilustración de Aníbal Echeverría y Reyes.
Fuente: Panades & González, 1998. Digitalización:
Claudio Galeno.



Figura 3. Aníbal con su terno y puro en Antofagasta
(Cortesía de Patricio Espejo). Autor desconocido.
Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Archivo
Patricio Espejo.

Como se aprecia, era un personaje popular, conocido por todos y todas quienes habitaban en Antofagasta. Andrés Sabella, uno de los escritores y literatos más importantes de la ciudad y del norte de Chile, ilustra en palabras la figura de Echeverría y Reyes en su andar por el puerto: “fumando sus habanos, fragantísimos, pasaba por las calles, sin darse cuenta, al parecer, de cuánta fortuna interior ocultaba debajo de su atuendo siempre impecable” (*El Mercurio de Calama*, 15 de febrero de 1980) (Figura 3).

Investido de esta imagen pública, Aníbal Echeverría y Reyes ocupó un rol protagónico en la escena cultural y artística de Antofagasta (Ardiles, 2010, 2014). En su calidad de filántropo y mecenas apoyó todo tipo de concursos e iniciativas en estas áreas. Fue además uno de los principales responsables de la fundación del *Ateneo* de esta ciudad (Figura 4), una institución que, tal como en otros países, estaba destinada a fomentar el desarrollo de las artes, las letras y el mundo intelectual (*El Fénix Gráfico*, 17 de febrero de 1918).

Firmados con su nombre de pila o con su pseudónimo (Doctor d’Alaer), escribió decenas de libros en distintos formatos y publicó en los

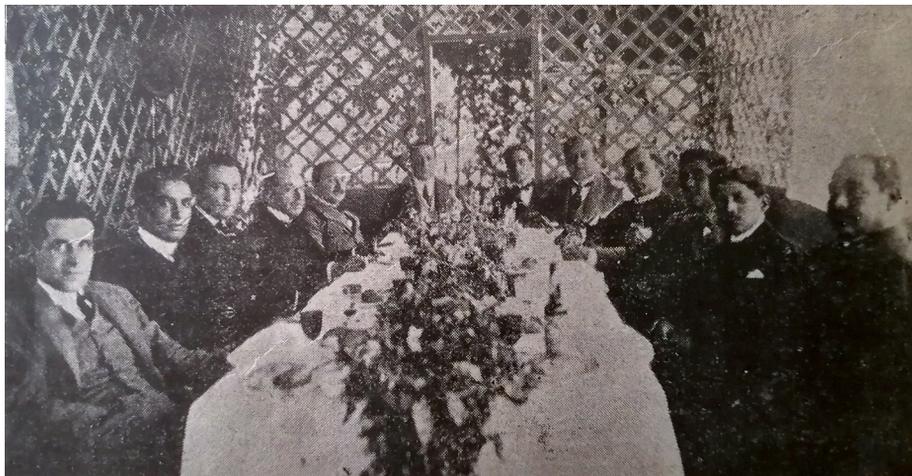


Figura 4. Aníbal Echeverría y Reyes -cuarto de izquierda a derecha- en El Ateneo de Antofagasta (Cortesía de Patricio Espejo). Autor desconocido. Fuente: *La Ilustración*, 4 de noviembre de 1923.

más importantes periódicos y revistas de su época. Destacan *El Mercurio* (Antofagasta y Santiago), los *Anales de la Universidad de Chile*, la *Revista Chilena*, la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, la *Revista de Artes y Letras* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, entre otras (Anónimo, 1938; Ardiles, 2010; Feliu, 1969; Figueroa, 1928; Núñez, 2006). “Sus conocimientos”, como relata la crónica de una revista antofagastina,

abarcan muchos ramos del saber humano. En primer lugar, cultiva su especialidad profesional, la jurisprudencia. Es un profundo conocedor del castellano. Enseguida se ha distinguido por sus estudios históricos, i es considerado como un americanista sobresaliente. Es muy versado en etnología, rama que cultiva con grande éxito gracias a sus frecuentes viajes a las capitales de los países vecinos (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919).

Uno de los campos donde más destacó Aníbal Echeverría y Reyes fue en la filología americana (Feliu, 1969; Núñez, 1986). Vivía obsesionado por registrar y describir las lenguas que oía y descubría a su paso. Era un colector de palabras y modismos exóticos, de expresiones verbales y formas lingüísticas poco comunes; un verdadero coleccionista de la lengua. Fiel reflejo de aquello son sus publicaciones cerca de la lengua kunza o atacameña (1890, 1912b; Väisse *et al.*, 1896), la lengua araucana (1889) y sobre las voces usadas en Chile (1900), de los delincuentes nortinos (1934a) y del mundo salitrero (1929a, 1934b).

La pasión por la escritura y el conocimiento lo llevaron a integrar un sinnúmero de sociedades científicas, académicas y literarias, tanto en Chile como en el extranjero (Feliu, 1969; Figueroa, 1928). Solo para enlistar las más destacadas, cabe señalar que fue miembro de la Academia Chilena de la Lengua, de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, de Medicina Legal de Nueva York, de Derecho Jurídico Internacional de Berlín, de la Sociedad de Legislación Comparada de París, de los Institutos Geográficos de Lima, La Paz, Sucre y Buenos Aires, además de haber sido miembro fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Estos abultados antecedentes académicos y culturales hicieron que en la escena local y nacional se le considerara como un verdadero “intelectual”, pues

concebe una obra, crea un libro, i refunde en él una experiencia larga de trabajo científico sistemático. Es el verdadero estudioso, que lee con un lápiz, dejando en los libros el rastro de su criterio en la apreciación del asunto, i acumulando materiales para usarlos acertadamente en el momento preciso (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919).

Pero su relación con los libros excedía el simple fervor por la escritura. Padecía de una “superior afición a los libros que pocos comprenden, vive rodeado de ellos, se interesa por el papel impreso, i es uno de los pocos compradores de libros en Antofagasta” (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919). Era un verdadero bibliófilo, cazador de primeras ediciones y ejemplares raros, un coleccionista de libros y folletos de toda clase, obsesionado por su materialidad y distribución, experto de la tinta, el papel, las tipografías y los tirajes. Literalmente habitaba inmerso en una biblioteca (Figura 5), estudiaba la historia de ciertas obras y temas para crear desde ellos detallados catálogos bibliográficos. Compraba, atesoraba, intercambiaba, analizaba y producía obras escritas.

Quienes tuvieron la posibilidad de visitar su casa en Antofagasta aseguran que tenía un ataúd apoyado de pie en una de las salas. Ante las preguntas por tan inusual mobiliario, Echeverría y Reyes respondía que “lo había comprado en vida por si se moría de repente no fueran a enterrarlo en cualquier cosa”¹. ¿Qué habrá gatillado un raciocinio tan particular? ¿Será acaso consecuencia de su experiencia exhumando tumbas y muertos desde los cementerios precolombinos a lo largo y ancho del desierto de Atacama, actividades en donde pudo ver de cerca decenas de cadáveres y sepulturas?

¹ Información entregada por Patricio Espejo, quien a su vez la escuchó de su tío abuelo Percy Eaglehurst Ramos.



Figura 5. Despacho de Aníbal Echeverría y Reyes en Antofagasta. Autor desconocido. Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Archivo Patricio Espejo.

Colecta, composición y flujo de colecciones de objetos precolombinos

Los primeros registros conocidos de Aníbal Echeverría y Reyes en el mundo de la arqueología remontan al año 1910². Entre el 17 y el 23 de mayo de ese año asiste como secretario de la comisión delegada por el gobierno de Chile al XVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en la ciudad de Buenos Aires, Argentina (Anónimo, 1910; Lehmann-Nitsche, 1912). En el evento ocupó el rol de secretario junto a Max Uhle, quien era presidente, en una de las sesiones de la sección de Arqueología y Etnología de Perú, Bolivia y Chile. Presentó aquí comunicaciones sobre los *jeroglíficos de la Isla de Pascua* (1912a) y *la influencia incaica en el norte de Chile* (1910), junto a otra acerca de la *extinguida lengua cunza* (1912b) en la sección de lingüística.

² A sus 46 años de edad.

La presentación relativa a la influencia incaica es especialmente relevante para trazar la proveniencia de parte de las piezas que componían la colección de Echeverría y Reyes (1910, p. 885), pues en ella afirma que él mismo excavó “en varios jentilares, o sea cementerios de indios, en el antiguo Litoral, hoy provincia de Antofagasta”. Las otras dos comunicaciones del autor, por su parte, desarrollaron temas que le apasionaban profundamente: en primer lugar, las lenguas indígenas y populares, y en segundo, la búsqueda de posibles formas precolombinas de escritura, comunes entre distintos pueblos.

En la sección de Arqueología y Etnología compartió con investigadores de renombre como Rodolfo Lenz, Arthur Posnansky, Juan Ambrosetti, Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Robert Lehmann-Nitsche, Salvador Debenedetti, José Salgado, Hermann von Ihering, Florentino Ameghino, Samuel Lafone Quevedo, Ales Hrdlicka, Eduard Seler y Max Schmidt, entre otros. Esto significa que Echeverría y Reyes integró un selecto grupo junto a algunos de los principales exponentes del tema para Sudamérica, el área andina y Chile, hecho que lo situaba a un mismo nivel de importancia en la escena intelectual y académica de la época. Ya el hecho de haber sido elegido por el gobierno de Chile como parte de la delegación es un reconocimiento y demuestra la importancia que tuvo en el país.

Durante su estadía en la capital argentina, aprovechó de visitar los principales museos, galerías particulares y bibliotecas de Buenos Aires y La Plata (Anónimo, 1910, p. 903). Un recorrido que le permitió descubrir las sorprendentes semejanzas que existen entre los objetos precolombinos del noroeste argentino y aquellos que él mismo había extraído de los *jentilares* de la región de Antofagasta, situación que lo llevó a plantear varias hipótesis acerca de sus orígenes comunes, relaciones y filiaciones culturales, para entender su pasado desde una mirada más amplia y comparativa (Echeverría y Reyes, 1929b).

Meses más tarde, ya de vuelta en Antofagasta en septiembre de ese mismo año, Aníbal Echeverría y Reyes decide llevar una selección de objetos encontrados por él en “los cementerios indígenas de Chiuchiu”³ para participar de la Exposición Histórica del Centenario⁴ en la ciudad de Santiago, la iniciativa patrimonial más importante organizada en torno a estos festejos y liderada por Luis Montt (Alegría, 2007; Alegría & Núñez,

³ Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Nicanor Molinare, 6 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional.

⁴ Toda la información relativa a la participación de Echeverría y Reyes en la Exposición Histórica del Centenario fue cordialmente facilitada por la investigadora Daniela Silva Jara.

2007). Convence también de asistir a su amigo el doctor Galvarino Ponce⁵ quien poseía en aquellos años una importante colección de antigüedades de Quillagua. Entre ambos llevan desde Antofagasta hacia Santiago y por vía marítima alrededor de 200 “ejemplares de curiosidades indígenas”⁶, para lo cual solicitaron al secretario de la Exposición, el compositor Nicanor Molinare, “una vitrina de unos dos metros, por uno cincuenta, i de quince centímetros de alto, para colocar sobre caballetes”⁷ y así presentar de manera adecuada sus colecciones al público capitalino. Sin embargo, Echeverría y Reyes no quedó conforme con el desdibujado protagonismo que se le dio a los objetos precolombinos en el marco de la Exposición. Así lo declara abiertamente en un periódico antofagastino: “es sensible, se nos dice que sus directores no hayan dado la debida importancia a esta rama de las ciencias arqueológicas que sin disputa merecía haber ocupado un lugar preferente” (Alegría & Núñez, 2007, p. 79).

Se desconoce qué sucedió con estas colecciones una vez terminada la Exposición. Aunque Luis Alegría y Gloria Paz Núñez (2007) aseguran que la mayoría de las piezas fueron devueltas a sus propietarios, Martín Gusinde (1916, p. 31) atestigua que al momento de la fundación del Museo Histórico Nacional (MHN) “se contaba con una parte de la exposición histórica exhibida en el año del Centenario en el palacio Urmeneta”. Asimismo, en uno de los últimos escritos en vida de Aureliano Oyarzún (1947, p. 28), este agradece expresamente a “Echeverría y Ponce, de Antofagasta, que con sus escritos y obsequios al Museo Histórico Nacional de Chile han aportado un valioso patrimonio cultural”. Aunque Echeverría y Reyes efectivamente donó otra colección años más tarde al museo –ver más adelante–, la referencia expresa al señor Ponce abre interrogantes sobre una posible donación conjunta posterior a la Exposición. Solo nuevas investigaciones permitirán ahondar en torno a esta hipótesis.

Entre los meses de julio y agosto de 1912, Max Uhle realiza sus temporadas de campo en los alrededores de la ciudad de Calama (Dauelsberg, 1995;

⁵ Galvarino Ponce fue un dentista antofagastino fundador de la logia masónica Espíritu Libre N°39 (Casanueva 2015). Es probable que la amistad con Echeverría y Reyes estuviera vinculada al mundo de la masonería. Junto a su hermano Lautaro publicaron una famosa obra titulada *Los Obreros del Salitre* (1911). Lautaro Ponce fue también fundador del Ateneo de Antofagasta junto a Aníbal Echeverría y Reyes (*El Fénix Gráfico*, 17 de febrero de 1918).

⁶ Telegrama del Estado, 3 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional.

⁷ Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Nicanor Molinare, 6 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional.

Uhle, 1912c, 1913a, 1913b). Durante su paso por el puerto de Antofagasta se reencuentra con Aníbal Echeverría y Reyes tras su colaboración previa en el Congreso de Americanistas de Buenos Aires. En esta oportunidad el abogado le hace entrega a Uhle de una importante donación de “unos cien objetos de su valiosa colección de antigüedades de Chuquicamata y San Pedro de Atacama” para que sean depositadas en el Museo de Etnología y Antropología (MEA) de Santiago (Uhle, 1913b, p. 110). Es muy probable que tanto el encuentro como la donación no hayan sido casuales sino concertadas de antemano, pues Uhle conocía bien las piezas que poseía Echeverría y Reyes y constantemente las mencionaba en sus propias publicaciones en razón de su notable calidad (Uhle, 1912a, 1912b).

Poco antes de la visita de Uhle a la región, Echeverría y Reyes ya había comenzado negociaciones para el envío de especímenes arqueológicos a otro conocido del Congreso de Americanistas, el argentino Juan Ambrosetti, con la finalidad de que fueran depositados en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Así lo prueba un archivo de correspondencias entre el abogado chileno, dos cónsules argentinos, el decano de la facultad bonaerense y el propio arqueólogo trasandino datadas entre 1912 y 1916 (Iriarte & Renard, 1998). En las cartas se detalla la encomienda efectiva de al menos tres remesas de piezas desde Antofagasta hacia Buenos Aires por vía marítima, junto a una cuarta tentativa que se desconoce si se concretó o no.

El primer despacho ocurrió a fines del año 1911 por intermedio del cónsul argentino en Antofagasta, el señor Horacio Bossi Cáceres, y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad. En dicha oportunidad, Echeverría y Reyes remitió un cajón que contenía una momia para ser donada al museo etnográfico, “extraída”, según su propio relato, “en el antiquísimo cementerio indígena que hay a menos de dos leguas al oriente de San Pedro de Atacama” (Iriarte & Renard 1998, p. 82). Este cuerpo fue fotografiado y publicado al año siguiente por Juan Ambrosetti (1912, p. 46) en las memorias del museo (Figura 6) acompañado de la siguiente descripción: “una momia envuelta en un poncho y cubierta con un curioso gorro de cuero, precedente de un cementerio indio situado cerca de San Pedro de Atacama, región de la Puna”.

El segundo envío se llevó a cabo el año 1912 e involucró otra momia, también de San Pedro de Atacama, que aparentemente provenía del mismo cementerio que la anterior. El cajón fue expedido por intermedio del cónsul Bossi a través de la empresa Transportes Unidos, establecida en la ciudad



Figura 6. Cuerpo humano enviado por Echeverría y Reyes al Museo Etnográfico de Buenos Aires proveniente de un cementerio en San Pedro de Atacama. Fotografía de Juan Ambrosetti. Fuente: Ambrosetti 1912, p. 31.

de Montevideo, encomienda que lamentablemente jamás llegó a destino y que probablemente se extravió en el puerto uruguayo. En medio de la confusión por el paquete perdido, Echeverría y Reyes le comenta a Ambrosetti que tiene tres momias más comprometidas para él (Iriarte & Renard, 1998).

A fines de 1915, Echeverría y Reyes coordina junto al cónsul argentino el sr. Casal la venta de una nueva remesa, esta vez de tres cajones “cerrados i retobados”, repletos de objetos por un total de mil trescientos ochenta nacionales argentinos. La colección se componía de objetos recuperados “en la Quebrada de Chunchuri cerca de Calama; los objetos menudos, en San Pedro de Atacama la alfarería, tejidos y piezas grandes, en los gentiles hoy agotados de esos puntos” (Iriarte & Renard 1998, p. 83). Los materiales llegaron intactos a destino.

Echeverría y Reyes no tardó en ofrecer a Ambrosetti y al museo una nueva venta de objetos, esta vez de una colección de 260 piezas de Chunchuri y Chiuchiu, a cambio de “£250, oro, bien embalado i retobado”, puesto en su casa (Iriarte & Renard 1998, p. 84). Como su propuesta no tuvo réplica desde Argentina, al poco tiempo envió una nueva carta para presionar a su contraparte dado que tenía “pendiente una propuesta del Dr. Pastor de Barcelona”, pero también porque temía que se dictara “una lei prohibiendo la exportación de objetos etnográficos u arqueológicos” (Iriarte & Renard, 1998, p. 84). Todo parece indicar que este cuarto envío a Buenos Aires jamás se concretó, y no existe registro alguno de una posible venta al coleccionista europeo.

Finalmente, la totalidad de la colección ingresó formalmente al Museo de Etnografía de la Universidad de Buenos Aires el año 1916, compuesta de

un total de 426 obras registradas genéricamente como provenientes de San Pedro de Atacama (Iriarte & Renard, 1998). Décadas después, en 1968, una fracción de la colección fue enviada al recién inaugurado Museo Eduardo Casanova de Tilcara en la provincia de Jujuy, dependiente de la misma casa universitaria, donde continúan depositados hasta la actualidad.

Años más tarde, en enero de 1919, Echeverría y Reyes respondió a una carta previa escrita por Augusto Capdeville desde Taltal. En ella asegura que él se considera “un simple aficionado en el tema de la arqueología del norte de Chile” y, más interesante aún, que ha

realizado numerosas expediciones en los cementerios indígenas de Chiuchiu, Chunchuri, cerca de Calama y en San Pedro de Atacama, y todos los objetos que extraje yo mismo, los he repartido en los Museos de Santiago, Buenos Aires, Lima y La Paz. Fueron más de tres mil entre todos. He dejado para mi unos 500 objetos de madera, como vasos, platos, campanillas, ídolos, escarificadores, tabletas, cajitas, tubos, etc. (Mostny, 1964, p. 220).

Ofreció a Capdeville sus objetos para que pudiera estudiarlos si pasaba por Antofagasta, “lo mismo que una buena colección de libros en francés, inglés, alemán y castellano que he logrado reunir con toda paciencia, exclusivamente, sobre estas materias del norte de Chile” (Mostny, 1964, p. 220). Esto último corrobora dos aspectos relevantes acerca de la personalidad de Echeverría y Reyes: la primera es su pasión bibliófila y el coleccionismo de libros; la segunda, el valor que para él tenía el conocimiento sobre temas arqueológicos y americanistas.

En la misma carta Echeverría y Reyes afirmaba que a Capdeville “lo conocía y lo respetaba mucho, por referencias de mi querido profesor el Dr. Uhle, por el Dr. Oyarzún y por el Sr. Eberhardt; alabo y admiro su entusiasmo, pero lamento no poder seguir su ejemplo” (Mostny, 1964, p. 220). Se despidió firmando como “su servidor muy adicto, Aníbal Echeverría y Reyes”, palabras todas que demuestran su profunda pasión por el coleccionismo y los anhelos inconclusos de dedicarle más tiempo a esta actividad.

Echeverría y Reyes publica una década más tarde un interesante artículo titulado *Los aborígenes atacameños* (1929b), donde detalla sus excavaciones y parte del material que colectó, la que es tal vez su obra más completa sobre el tema. Es muy probable que tras su fallecimiento, el año 1938 en la ciudad de Santiago, una fracción de su colección haya quedado en manos

de sus herederos, ya que el 15 de octubre de 1949 el MHN⁸ compró una pequeña colección compuesta de 29 objetos precolombinos al señor Aníbal Echeverría y Bari, uno de los hijos del abogado, junto a su esposa Virginia Bari y Lopehandia (Figueroa, 1928). Dentro de la colección se enlistan en su mayoría piezas provenientes de Chiuchiu, Chuquicamata, Isla de Pascua, Pisagua y Paposo, entre las cuales destacan las mismas clases de objetos que febrilmente coleccionaba su padre.

Biografía de la colección de Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago

La Colección Aníbal Echeverría y Reyes que actualmente se encuentra depositada en el MNHN de Santiago es el resultado de distintas instancias de donación y/o venta de objetos por parte de su coleccionista. Todas estas donaciones se efectuaron inicialmente al MEA, institución que correspondía a la Sección de Prehistoria del MHN, fundado en 1911, pero que en 1912 adquiere un rango propio de museo de la mano de Max Uhle (Alegría, 2004; Gusinde, 1916; Polanco & Martínez, 2021). El MEA cambió de locación en varias oportunidades debido a la falta de espacio y la precariedad de sus instalaciones. En 1916, y tras el término de contrato de Uhle, asume la dirección del museo Aureliano Oyarzún. Luego de más de una década de funcionamiento, el año 1929, al crearse la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, el MEA pasa nuevamente a conformar la Sección de Prehistoria del MHN (Alegría, 2004; Polanco & Martínez, 2021).

De acuerdo a los inventarios del MEA y de la Sección de Prehistoria del MHN⁹, Aníbal Echeverría y Reyes realizó al menos cuatro donaciones a la institución: una primera en agosto de 1912 compuesta de 91 objetos provenientes de Chuquicamata (N=2) y de San Pedro de Atacama (N=89); una segunda de gran volumen en enero de 1913 que suma un total de 505 objetos de Chiuchiu (N=492), San Pedro de Atacama (N=10), el norte de Perú (N=2) y de Topater en Calama (N=1); la tercera en octubre de 1924 conformada de 78 objetos de Calama (N=58), Linares (N=9), Bolivia (N=6), Antofagasta (N=1), Chile Central (N=1) y Llay-Llay (N=1); y finalmente

⁸ Inventario de la Sección de Prehistoria del MHN, páginas 181 a la 183, inv. N°12934-12961.

⁹ Los inventarios ocupados en esta investigación fueron cordialmente facilitados por Marcela Covarrubias y por Daniela Silva Jara, ambos depositados hoy en el Archivo del Museo Histórico Nacional.

una cuarta en mayo de 1925 de solo cuatro objetos de Calama. La colección total se componía de 678 objetos.

De estas cuatro entregas de material arqueológico existen detalles únicamente de la primera, aquella de agosto de 1912, donada por intermedio de Max Uhle durante su paso por Antofagasta en el marco de su expedición a Calama. El alemán señala expresamente que en dicha oportunidad recibió “unos cien objetos de su valiosa colección de antigüedades de Chuquicamata y San Pedro de Atacama” (Uhle, 1913b, p. 110), cantidad y proveniencia que se corresponde a la perfección con los inventarios del MHN y del MEA.

Del resto de las entregas de objetos, sin embargo, no existe información. Se desconoce bajo qué circunstancias llegaron, si hubo o no agencias intermedias y la naturaleza del traspaso (donaciones o compras). Ahora bien, Echeverría y Reyes (1929b, p. 2) señala en una de sus publicaciones que “lo mejor que obtuve, –más de mil piezas– me di el agrado de obsequiarlo al museo de Etnografía de Santiago”, lo cual resuelve esta última incógnita. Pero el volumen de piezas a las que refiere excede con creces y casi duplica el número de objetos que se encuentran registrados en los inventarios del MEA y del MHN bajo su nombre. Esta diferencia podría deberse a distintas razones: que la cifra entregada por Echeverría y Reyes no sea la correcta, que parte de la colección no haya sido registrada en los inventarios, que falten inventarios en el museo o que una fracción

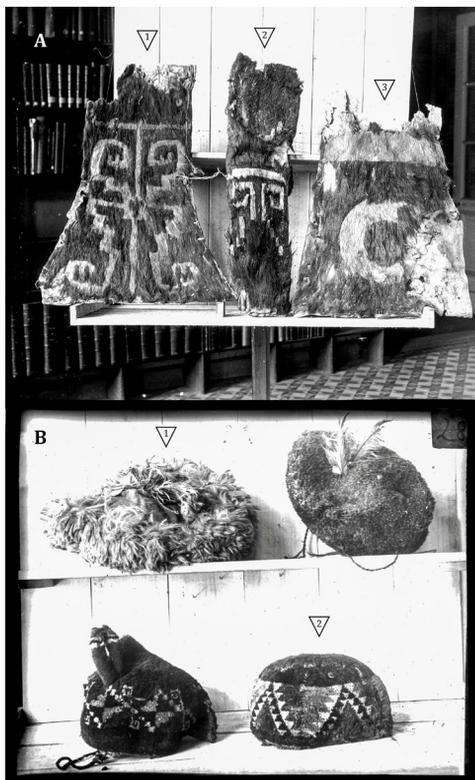


Figura 7. Fotografías de objetos precolombinos de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes en el MEA tomadas por Max Uhle, *circa* 1916-1919: (A) corazas de cuero, (B) gorros. Algunos de estos objetos se encuentran hoy en la Colección Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural: (A1) inv. N°2017.1.497; (A2) inv. N°2017.1.589; (A3) inv. N°2017.1.498; (B1) inv. N°2017.1.284; (B2) inv. N°2017.1.283. Fotografías de Max Uhle. Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlín.

de las piezas haya ingresado bajo otro nombre; interrogantes que quedarán abiertas para futuras investigaciones.

Durante su estadía en el MEA, algunas de las piezas de la Colección de Aníbal Echeverría y Reyes fueron expuestas públicamente a los visitantes de la capital. El Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, en Alemania, posee un archivo documental de Max Uhle que resguarda una serie de fotografías tomadas por dicho investigador entre los años 1916 y 1919, algunas de las cuales muestran las vitrinas de exhibición del MEA y primeros planos de objetos específicos. Entre estas últimas se distinguen piezas que todavía forman parte de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes, tales como las famosas corazas, pecheras o escudos de cuero decoradas provenientes de Chiuchiu (Figura 7A) o algunos de los gorros prehispánicos de San Pedro de Atacama (Figura 7B), todas ellas publicadas también por Aureliano Oyarzún (1931b, 1948).

Las fotografías de las vitrinas de la exhibición son especialmente relevantes para esta investigación, pues desde ellas ha sido posible identificar un número importante de objetos que serían parte de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes, junto a otras piezas que fueron recuperadas por el mismo Uhle en su expedición a Calama, específicamente desde el cementerio de Chunchuri. Los objetos más sencillos de identificar fueron las vasijas decoradas y otras cerámicas distinguibles por su singular forma, pero también tabletas de madera, contenedores de calabazas y cestos (Figura 8).

El año 1916, Enrique Conrado Eberhardt publicó otra serie fotográfica de las vitrinas del MEA, probablemente anteriores a las de Uhle, en su libro *Historia de Santiago de Chile*. En ellas es posible reconocer sin problemas algunos de los objetos de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes (Figura 9), en ciertos casos incluso los mismos ejemplares exhibidos en las fotografías de Uhle, pero esta vez dispuestos en otro orden, inmersos en una combinación diferente y dentro de unas vitrinas completamente distintas. De acuerdo a la carta dirigida a Augusto Capdeville en 1919 (Mostny, 1964), Echeverría y Reyes conocía bien a Eberhardt, y refiere a él junto a Max Uhle y Aureliano Oyarzún, todos ellos parte de un mismo círculo ligado al MEA y al MHN.

Los inventarios de la Sección de Prehistoria del MHN¹⁰ registran asimismo la donación de algunos de los objetos que componían la Colección de Aníbal Echeverría y Reyes, junto a piezas de otras colecciones, a una

¹⁰ Páginas 247, 259 y 268 del inventario. Archivo del Museo Histórico Nacional.

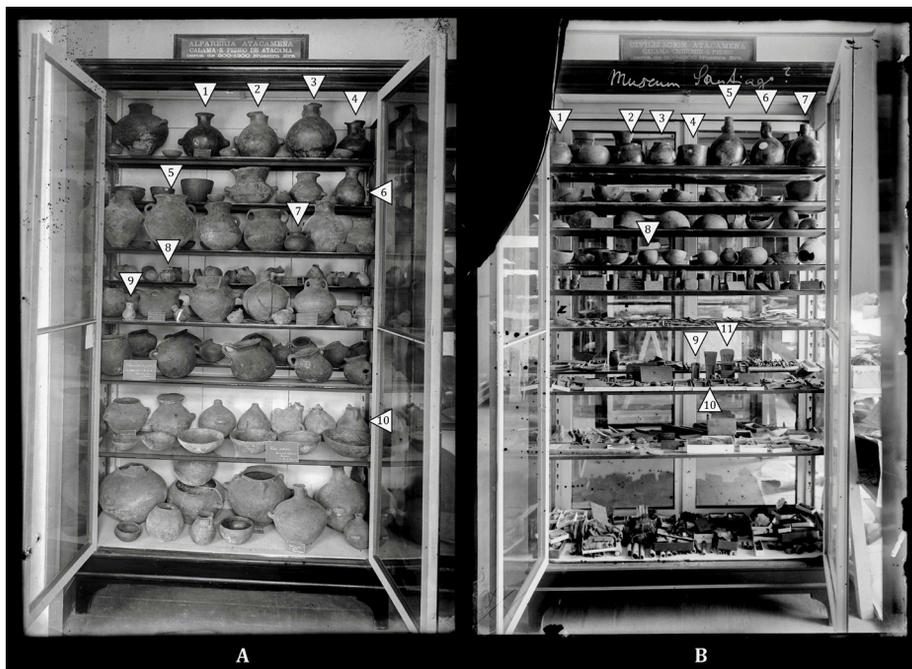


Figura 8. Vitrinas de exhibición de piezas arqueológicas del norte de Chile del MEA, *circa* 1916-1919. En ambas fotografías se aprecian algunos de los objetos que hoy componen la Colección Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural: (A1) inv. N°2017.1.10; (A2) inv. N°2017.1.68; (A3) inv. N°2017.1.67; (A4) inv. N°2017.1.69; (A5) inv. N°2017.1.73; (A6) inv. N°2017.1.70; (A7) inv. N°2017.1.2; (A8) inv. N°2017.1.3; (A9) inv. N°2017.1.8; (A10) inv. N°2017.1.72; (B1) inv. N°2017.1.61; (B2) inv. N°2017.1.60; (B3) inv. N°2017.1.59; (B4) inv. N°2017.1.15; (B5) inv. N°2017.1.12; (B6) inv. N°2017.1.11; (B7) inv. N°2017.1.56; (B8) inv. N°2017.1.174; (B9) inv. N°2017.1.353; (B10) inv. N°2017.1.350; (B11) inv. N°2017.1.351. Fotografías de Max Uhle. Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlín.

institución no identificada de la ciudad de Linares. El traspaso comprende 14 obras cuya proveniencia sería Chile central, Llay-Llay, Antofagasta, Linares y dos ejemplares de origen indeterminado. Las piezas fueron enviadas como préstamo para la fundación del Museo de Arte y Artesanía de Linares a fines de la década de 1960, algunas de las cuales fueron reclamadas décadas más tarde por el MHN y yacen hoy de nuevo en sus depósitos¹¹.

El año 1968 prácticamente la totalidad de la Sección de Prehistoria del MHN fue trasladada a la Sección de Antropología del MNHN (Anónimo, 1979, p. 6). De acuerdo a Ximena Novoa y colaboradoras (1997, p. 3),

¹¹ Información entregada por Margarita Valenzuela del Museo de Arte y Artesanía de Linares.



Figura 9. Fotografía publicada por Enrique Eberhardt de una de las vitrinas del MEA antes de 1916. Algunos de estos objetos forman parte de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural: (1) inv. N°2017.1.67; (2) inv. N°2017.1.191; (3) inv. N°2017.1.3; (4) inv. N°2017.1.8. Autor desconocido. Fuente: Eberhardt, 1916.

dicho traspaso se oficializó recién en 1974 e incluyó la Colección Aníbal Echeverría y Reyes, “compuesta por alrededor de seiscientas piezas arqueológicas y etnográficas, la mayoría provenientes de la región de Antofagasta, (Chiu-Chiu, Chuquicamata, Calama y San Pedro de Atacama) y en una mínima proporción de Bolivia y Perú”.

Entre los años 2014 y 2016, el MNHN emprendió un proceso propio de inventario de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes, pues jamás tuvieron acceso a los antiguos inventarios del MEA y del MHN. El resultado fue una base de datos y un catálogo de fichas para cada objeto de la colección, elaborado por Nieves Acevedo (2017). A cada uno de los ejemplares se les asignó un código nuevo que sigue la nomenclatura usada en el MNHN. El registro arrojó un total de 602 objetos ingresados en 659 entradas

de la base de datos, diferencia dada porque algunas obras fueron subdivididas en unidades con entradas propias, como por ejemplo los carcaj y sus flechas o algunos contenedores de calabaza fracturados.

Al momento del fichaje de las piezas se consignó también el antiguo número de inventario del MHN, lo que permite comparar el estado de la colección en ambos momentos de su biografía: durante su estadía en el MHN (1912-1968) y luego en el MNHN (2017). En los inventarios del MHN, el primer número de ingreso era el 1134 y el último 5636, con discontinuidades intermedias, una numeración que se repite en el inventario del MNHN. Ahora bien, existe una diferencia respecto al número de piezas que componía la colección en ambos momentos, pues durante su estadía en el MHN, poseía 678 objetos de los cuales 14 fueron trasladados a Linares, quedando un total de 664 piezas, mientras que el inventario del

MNHN consigna solo 602 objetos. Esto arroja una diferencia de 62 ejemplares desde su paso por el MHN hasta su realidad actual en el MNHN¹².

Desenredando la trama de la colección

Si se recolectan desde sus escritos y cartas todos los pequeños fragmentos en que Echeverría y Reyes refiere al origen de los objetos que componían su colección, el resultado demuestra que, al menos, intervino sitios arqueológicos en el litoral de Antofagasta, Calama (Chunchuri y Topater), Chuquicamata, Chiuchiu, San Pedro de Atacama y Quillagua. En algunos pasajes su relato es incluso más específico al punto de señalar el lugar y el propietario del terreno desde donde los obtuvo: “en Chunchuri, cerca de Calama, de propiedad de don Ismael Núñez¹³, en las vecindades de la laguna de Chiuchiu, en solares de los señores Krepich Hermanos, y en San Pedro de Atacama, en potreros de los señores Abaroa”¹⁴ (Echeverría y Reyes, 1929b, p. 2).

No es de extrañar el gran número de localidades de donde provienen sus hallazgos, ya que por su trabajo Echeverría y Reyes recorrió constantemente toda la región de Antofagasta y conocía a la perfección cada uno de los pueblos de donde los obtuvo. Ejemplo de ello es su detallado artículo acerca del estado de la agricultura en Antofagasta (1914) o sus publicaciones sobre la lengua cunza (1890, 1912b; Vaïsse *et al.*, 1896). Es claro además que fue un estudioso de la arqueología regional y que estuvo en contacto con los más destacados investigadores del tema. Es en este sentido que a Echeverría y Reyes se le puede considerar un conocedor y un referente de su época en el campo de la arqueología del desierto de Atacama, un entendido que lamentablemente escribió muy poco para todo lo que sabía. Fue por esta condición que llegó a ser comisionado por el gobierno de Chile para asistir al Congreso de Americanistas de Buenos Aires y que participó de la Exposición Histórica del Centenario en Santiago.

Sus textos son claros al afirmar que su colección se componía de objetos que fueron en su gran mayoría obtenidos por él mismo. Hay, sin embargo,

¹² Este cálculo fue realizado comparando los inventarios del MEA, MHN y MNHN relativos a la Colección de Aníbal Echeverría y Reyes.

¹³ Max Uhle hace también referencia al señor Ismael Núñez como propietario de los potreros de Chunchurí al momento de su excavación (Dauelsberg, 1995).

¹⁴ La familia Abaroa era dueña de los terrenos de la mayor parte de San Pedro de Atacama y el cementerio en cuestión, por su referencia, podría corresponder Solcor 3 (Gonzalo Pimentel, comunicación personal, 20 de mayo de 2021).

algunos objetos que incitan a pensar en la posibilidad de agentes mediadores o de su adquisición a otros coleccionistas, como en el caso de las dos vasijas del norte del Perú. Por esta razón, su colección puede definirse como una *colección personal*, en la cual la búsqueda, selección y descarte de objetos estuvo totalmente definida por sus propios criterios, creando un ensamblaje de piezas moldeado exclusivamente por sus gustos más íntimos sobre los objetos. Sus criterios y gustos personales quedaron impresos en sus colecciones: atesoraba obras completas, de clases de objetos conocidos que dieran cuenta del estereotipo de la época de la cultura atacameña, piezas vistosas y de cualidades estéticas que permitieran exhibirlas y ser apreciadas.

Si Echeverría y Reyes no alardeaba en sus conversaciones epistolares con Capdeville, por sus manos y como parte de su colección habían pasado ya más de 3000 objetos precolombinos en 1919. Esto significa que la colección que hoy se encuentra depositada en el MNHN no constituye sino un quinto del total conocido de piezas que este personaje tuvo en su poder. Asimismo, una fracción de 426 objetos terminó en Argentina, dispersa entre Buenos Aires y Tilcara. Del resto de la colección se desconoce de momento su paradero, en especial de las obras que habría entregado en Lima y La Paz, o de la última remeza de 260 piezas que ofreció a Ambrosetti y que probablemente vendió al doctor Pastor de Barcelona. Tampoco hay claridad acerca del destino de los 500 objetos que había guardado para sí en 1919, aunque es muy probable que una parte de ellos haya quedado a manos de su hijo, tal como lo demuestra la venta al MHN del año 1949.

Quedan otras dudas por desenredar en la trama de esta colección, inquietudes que no podrán ser resueltas por ahora. ¿Qué pasó, por ejemplo, con los objetos que Echeverría y Reyes recuperó de los *jentilares* del litoral de Antofagasta y de Quillagua? Ya que el destino de ninguno de ellos aparece registrado en sus textos, cartas, telegramas e inventarios de los museos estudiados; podrían haber partido a Lima o La Paz, difícil saberlo. Sin embargo, entre las piezas que componen la colección del MNHN hay una serie de artefactos de hueso identificados como arpones (*sensu* Acevedo 2017) que efectivamente son vástagos de arpones, dispositivos comunes en los sitios costeros de la región, pero prácticamente inexistentes en los del interior de Antofagasta (p.e. Ballester, 2018). Extrañamente según el inventario, estos artefactos provendrían de Chiuchiu, algo muy poco probable considerando que, aunque es una de las zonas más trabajadas y excavadas del norte de Chile, no existe un solo registro de arpones en la localidad. Es posible, aunque es muy difícil de probar, que haya algunos registros errados en las actuales

colecciones y que eso pueda explicar la ausencia de piezas de estas otras localidades. No olvidemos que, en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, por ejemplo, todas las piezas ingresaron genéricamente como provenientes de San Pedro de Atacama, siendo que las correspondencias afirman que vendrían de lugares distintos (Iriarte & Renard, 1998).

El valor del coleccionismo

Toda colección se compone de objetos¹⁵, en algunos casos incluso de sujetos convertidos en objetos. Una colección es un ensamblaje, un *collage*, un montaje de unidades de naturaleza y origen variable, de constitución dinámica, formada a ritmos propios de adición y escisión (Akin, 1996). Siempre el todo/colección será más que la simple suma de sus partes/objetos (Pearce, 1994), pues sus relaciones y vivencias marcan en ellos una nueva identidad, ahora colectiva, que los hace copartícipes de una realidad común que sobrepasa a su singularidad material.

La vida de una colección está afecta a un sinnúmero de factores, circunstancias, trayectorias y desenlaces (Akin, 1996; Pearce, 1994). Su biografía es el resultado de una compleja cadena de eventos de ensamblaje y de fragmentación en las que influye el coleccionista principal, así como otros agentes responsables de la sumatoria de nuevas colecciones o al escindirse algunas ramas tras su fragmentación. Cada colección nace de elecciones y descartes en un proceso de composición orquestado por el gusto personal, el de una época, el estatus social y el alcance de los conocimientos de su coleccionista (Coquet, 1999), sea este un humano o una institución como un museo, el Estado, una casa de subasta o una galería de arte.

La colección es por lo tanto un excelente reflejo de su coleccionista y, al mismo tiempo, el coleccionista constituye una imagen nítida de su colección (Elsner & Cardinale, 1994). Entre colección y coleccionista, entre el ensamblaje de objetos y los humanos que los coleccionan, existe una relación dialéctica, de mutua sujeción e influencia, de co-construcción de sus respectivas identidades y formas de vida (Ballester, 2021). Este estrecho vínculo entre materia y sujeto es clave a la hora de llevar a cabo investigaciones sobre el coleccionismo, ya que admite abordar los problemas desde

¹⁵ En su sentido más amplio, en cuanto a objetivo, sean materiales o inmateriales. Según la RAE un objeto es “1. M. Todo lo que puede ser materia de conocimiento o sensibilidad de parte del sujeto, incluso este mismo”.

aristas paralelas pero complementarias: por un lado, para reflexionar sobre la biografía, el perfil, la personalidad y el contexto histórico, político, económico y social del coleccionista; y por el otro, en torno a las trayectorias, características materiales, valores, proveniencias y destinos de las colecciones y sus componentes objetuales.

Los coleccionistas –sean humanos o no humanos– por lo general no atesoran una sola clase de objetos. Su afición por coleccionar, ordenar, clasificar, intercambiar y acumular supera las fronteras de una única categoría de obra, puesto que la manía interna y visceral del coleccionismo trasciende toda norma y límite establecido (Akin, 1996; Benjamin, 2015; Calvino, 2012; Pomian, 1990). Es por esto que la afición de Aníbal Echeverría y Reyes se expresaba casi con igual magnitud hacia los objetos precolombinos como hacia los libros y las palabras: estas tres clases de objetos él las cazaba, coleccionaba, compraba, desempolvaba, ordenaba, estudiaba, acumulaba, exhibía y sobre ellas hablaba, leía, aprendía y escribía. Las tres eran igualmente para él objetos de su más profundo apego y pasión.

Todo indica que una fuerza profunda e inexplicable unía a Echeverría y Reyes con estos elementos, la que lo incitaba a buscarlos y que no lo dejaba separarse de ellos. Los conectaba una suerte de magnetismo o una gravedad entre cuerpos terrenales. Lo interesante es que, llegado un momento de su vida, el coleccionista decidía escindirse de estos cuerpos materiales y hablados, contrarrestar las fuerzas que los atraían, para así vender, donar, difundir o intercambiar la colección completa o una parte de ella, tanto de piezas arqueológicas como de libros y folletos, y, en el caso de las palabras, deshacerse de ellas mediante la escritura. El pulso magnético tuvo entonces un ritmo, un ciclo, un vaivén de intensidad (Pearce, 1994). Oscilación que marcó la vida y trayectoria de los elementos que coleccionaba, pues los llevó primero a anclarse reciamente a este sujeto y luego a trasladarse hacia otras manos e instituciones, a fluir entre cuerpos. Es así como la vida del objeto coleccionable marca a su coleccionista y que el coleccionista marca la vida del objeto y de su colección; un fenómeno de mutua inscripción (Benjamin, 2015).

En esta biografía de flujos y agencias enredados en torno a una compleja trama llamada coleccionismo, se forjaron redes. Redes que en este caso ligaron al desierto de Atacama, lugar de origen de las piezas arqueológicas, con un sinnúmero de personas, instituciones y ciudades en Chile, Perú, Bolivia, Argentina y, posiblemente, Uruguay, Europa y quién sabe si no también en otros países (Figura 10). La diáspora de objetos precolombinos desde Atacama terminó encadenando paisajes, personas, objetos, instituciones, edificios,

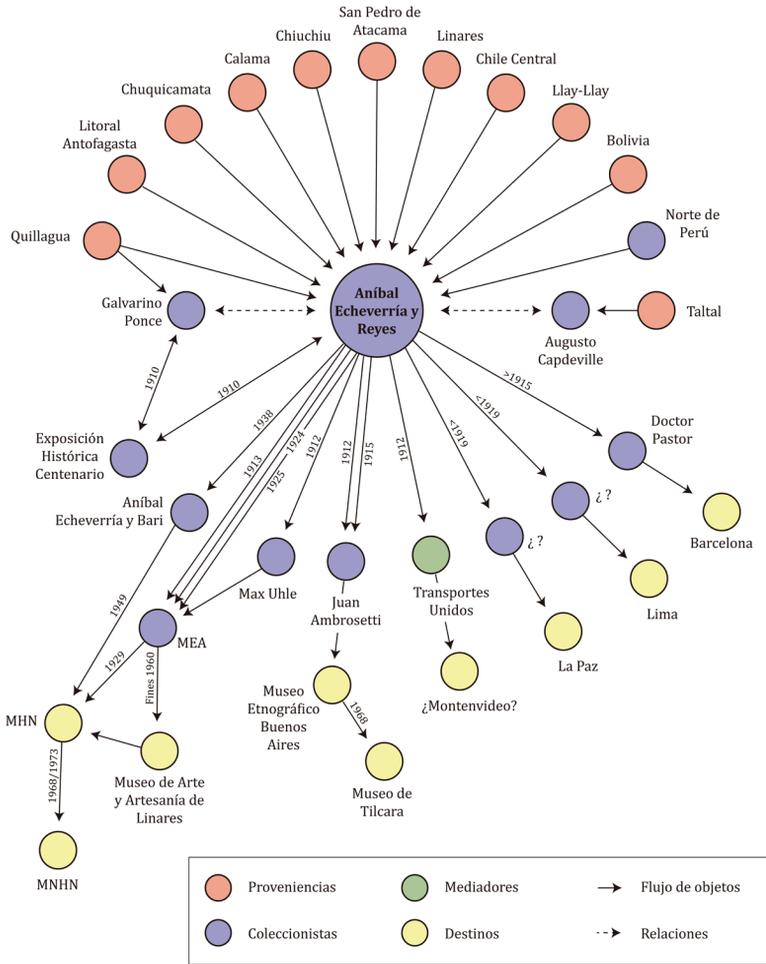


Figura 10. Esquema de la red formada por el coleccionismo de Aníbal Echeverría y Reyes. Fuente: ANID-FONDECYT 1210046 / Elaborado por el autor.

empresas, máquinas y estados, toda una inmensa estructura anclada, levantada y movida por el coleccionismo.

Hoy en día la colección conformada por Aníbal Echeverría y Reyes yace dispersa en distintos lugares y en manos de diversas personas e instituciones. En este sentido, la Colección Aníbal Echeverría y Reyes del MNHN no es sino la fracción de una unidad mayor, de momento imposible de estimar en volumen y composición. Una fracción que es, a su vez, un ensamblaje de distintas pequeñas colecciones que fueron donadas en diferentes épocas y en

variadas circunstancias. Este carácter mutacional y dinámico de las colecciones debe ser tomado siempre en cuenta a la hora de interpretar los objetos que las componen y sus relaciones, pues tras ellas puede haber una historia tanto o más misteriosa y compleja que aquella que los marcó durante su era prehispánica.

Investigar en torno al coleccionismo de objetos precolombinos es significativo por varias razones. Una de ellas corresponde a una cuestión que podría definirse como netamente disciplinar, pues estos coleccionistas y sus colecciones son fundacionales del actual estado del arte de la arqueología y la prehistoria chilena, andina y sudamericana. Por esta razón resulta imperativo avanzar hacia una genealogía del conocimiento arqueológico que nos lleve no solo a entender de manera más clara cómo llegamos a saber lo que sabemos hoy, sino más importante aún, quién, cómo y bajo qué condiciones se ha ido construyendo todo aquello.

Una segunda razón, tal vez la más trascendente, tiene que ver con el hecho de que investigar el coleccionismo de objetos precolombinos nos faculta a reflexionar acerca del papel que estas milenarias obras ocupan en nuestra realidad contemporánea y en su pasado reciente. Habla de nosotros y de nuestro vínculo con el mundo prehispánico, a través de los restos materiales de ese mundo. Estudiar el coleccionismo es entonces un método excepcional para entender también a nuestra sociedad en su relación con otras sociedades, sean pasadas o contemporáneas.

Agradecimientos

Proyecto ANID-FONDECYT 1210046. Agradezco a Daniela Silva Jara por todas nuestras conversaciones y la información acerca de la Exposición Histórica del Centenario, a Patricio Espejo por los documentos y fantásticas fotografías de Antofagasta, a Marcela Covarrubias por su colaboración con los archivos del MHN, a Carolina Suaznabar por la búsqueda fotográfica en el MHN, a Alex San Francisco por su apoyo desde Buenos Aires, a Margarita Valenzuela del Museo de Arte y Artesanía de Linares, a Gonzalo Pimentel por las referencias de San Pedro de Atacama, a Francisco Gallardo por sus comentarios y a Claudio Galeno por su ayuda con el origen del dibujo de Echeverría y Reyes. Finalmente, al MNHN, al MHN, a Bajo la Lupa y al Servicio Nacional de Patrimonio Cultural por su confianza, invitación, trabajo editorial y gestión.

Referencias

- Acevedo, N. (2017). *Museo Nacional de Historia Natural. Colección Aníbal Echeverría y Reyes*. Manuscrito en posesión del autor.
- Akin, M. (1996). Passionate possessions. The formation of private collections. En D. Kingery (ed.), *Learning from things. Method and theory of material culture studies* (pp. 102-128). Washington: Smithsonian Institution Press.
- Alberti, S. (2005). Objects and the Museum. *Isis*, 96(4), 559-571.
- Alegría, L. (2004). Museos y campo cultura: patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Conserva*, (8), 57-70.
- Alegría, L. (2007). Colecciones del Museo Histórico Nacional de Chile: ¿“invención” o “construcción” patrimonial? *Anales del Museo de América*, (15), 237-248.
- Alegría, L. & Núñez, G. (2007). Patrimonio y modernización en Chile (1910): la Exposición Histórica del Centenario. *Atenea*, (495), 69-81.
- Ambrosetti, J. (1912). Memoria del Museo Etnográfico 1906-1912. *Publicaciones de la sección Antropológica*, (10), 1-48.
- Anónimo (1910). El congreso de los americanistas en Buenos Aires, mayo de 1910. Datos recopilados por la delegación chilena. *Anales de la Universidad de Chile*, (127), 633-735; 879-904.
- Anónimo (1938). Don Aníbal Echeverría y Reyes. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 86(93), 252-253.
- Anónimo (1979). Sección Prehistoria de Chile. *Boletín del Museo Histórico Nacional de Chile*, (3), 6.
- Arce, I. (1997[1930]). *Narraciones históricas de Antofagasta*. Antofagasta: Lama Industriales S.A.
- Ardiles, H. (2010). Etapa inicial de la historia regional: historiografía de puertos y ciudades costeras. *Taltalia*, (3), 97-111.
- Ardiles, H. (2014). Comentario personal de Aníbal Echeverría y Reyes. En Corporación Pro Antofagasta (ed.), *Forjadores de Antofagasta, 148 años de historia* (pp. 127). Antofagasta: Emelnor Impresores S.A.
- Ayala, P. (2017). *Políticas del pasado. Indígenas, arqueólogos y Estado en Atacama*. San Pedro de Atacama: Qillqa Ediciones.
- Ballester, B. (2018). Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, (57), 65-95.
- Ballester, B. (2019). La Colección Paul Thommen del American Museum of Natural History de Nueva York. *Taltalia*, (12), 109-116.

- Ballester, B. (2020). En busca de la balsa perdida. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 25(2), 141-163.
- Ballester, B. (2021). Ópera heroica de dos momias de Chiuchiu, por Aquinas Ried/Reid. *Sophia Austral*, en prensa.
- Ballester, B. & Cabello, G. (2021). Mitologías navieras de Atacama: el caballito de totora de Jean-Christian Spahni. *Estudios Atacameños*, en prensa.
- Ballester, B. & San Francisco, A. (2017). *Cuerpo del convite*. Santiago: Ojo en Tinta.
- Ballester, B. & San Francisco, A. (2018). Capdeville, Augusto. En C. Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*. Cham: Springer.
- Ballester, R., Hernández, D. & Chávez, C. (2019). Arqueología de archivos y archivos para la arqueología. Colección Schwenn del Museum am Rothenbaum (MARKK) de Alemania. *Revista de Arqueología Americana*, (37), 43-74.
- Benjamin, W. (2015). *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Palmas de Mallorca: Editorial José J. de Olañeta.
- Berenguer, J. & Acevedo, N. (2015). Tubos de hueso de ave como implementos chamánicos en el Desierto de Atacama, Siglos XI-XV. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 20(1), 51-72.
- Byrne, S., Clarke, A, Harrison, R. & Terrence, R. (2011). *Unpacking the Collection. Networks of Material and Social Agency in the Museum*. London: Springer.
- Cabello, G. (2007). *Du chili au musée d'ethnographie de Genève, L'histoire de vie de la collection précolombienne de Jean-Christian Spahni*. Diplôme d'Etudes Supérieures Spécialisées en Muséologie et conservation du Patrimoine. Suisse: Université de Genève.
- Calvino, I. (2012). *Colección de arena*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Carter, F. (2013). El gran maestro Enrique Mac-Iver Rodríguez. *Archivo Masónico*, (30), 14-48.
- Casanueva, G. (2015). Breve historia de la respetable Logia "Unión y Cultura" N° 14 del valle de Antofagasta. *Archivo Masónico*, (37), 16-29.
- Cole, D. (1982). Tricks of the Trade: Northwest Coast Artifact Collecting, 1875-1925. *The Canadian Historical Review*, 63(4), 439-460.
- Cole, D. (1995). *Captured Heritage: The Scramble for Northwest Coast Artifacts*. Vancouver: UBC Press.
- Coquet, M. (1999). Des objets et leurs musées: en guise d'introduction. *Journal des Africanistes*, 69(1), 7-28.

- Dauelsberg, P. (1995). Dr. Max Uhle: su permanencia en Chile, de 1912 a 1919. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 15, 371-394.
- Eberhardt, E. (1916). *Historia de Santiago de Chile*. Santiago: Zig-Zag.
- Echeverría y Reyes, A. (1889). La lengua araucana. En *Disquisiciones* (pp. 5-28). Santiago: Imprenta Nacional.
- Echeverría y Reyes, A. (1890). *Noticias sobre la lengua Atacameña*. Santiago: Imprenta Nacional.
- Echeverría y Reyes, A. (1900). *Voces usadas en Chile*. Santiago: Imprenta Elzeviriana.
- Echeverría y Reyes, A. (1910). la influencia incaica en el norte de Chile. *Anales de la Universidad de Chile*, (127), 885-886.
- Echeverría y Reyes, A. (1912a). Datos sobre los jeroglíficos de la Isla de Pascua. En R. Lehmann-Nitsche (ed.), *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 444). Buenos Aires: Imprenta de Coni hermanos.
- Echeverría y Reyes, A. (1912b). Noticias sobre la extinguida lengua cunza. En R. Lehmann-Nitsche (ed.), *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 222). Buenos Aires: Imprenta de Coni hermanos.
- Echeverría y Reyes, A. (1914). La agricultura en Antofagasta. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (14), 96-101.
- Echeverría y Reyes, A. (1929a). *Voces usadas en la industria salitrera*. Antofagasta: Imprenta y litografía Skarnic.
- Echeverría y Reyes, A. (1929b). Los aborígenes Atacameños. *Acronal*, (2), 2-3.
- Echeverría y Reyes, A. (1934a). *Jerga usada por los delincuentes nortino*. Concepción: Imprenta El Águila.
- Echeverría y Reyes, A. (1934b). *Vocablos salitreros*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- Elsner, J. & Cardinale, R. (1994). *The cultures of collecting*. Cambridge: Harvard University Press.
- Figuroa, V. (1928). *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*. Santiago: Establecimientos Gráficos Barcells & Co..
- Gallardo, F. (1999). Recolección, colección y cultura. Artefactos precolombinos y sus transmutaciones. En F. Gallardo (ed.), *Arte Precolombino. Donación colección Santa Cruz-Yaconi* (pp. 8-15). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Gänger, S. (2014). *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Perú and Chile, 1837-1911*. Oxford: Oxford University Press.

- Gaytán, S. (2017). *Respetable Logia Pokret N°54, valle de Antofagasta*. Antofagasta: Páginas para una historia.
- González, J. (2010). Patrimonio, museos y arqueología: de la visibilidad de los pueblos indígenas a la institucionalización de los estudios arqueológicos en el Norte de Chile. *Diálogo Andino*, (36), 15-32.
- González, J. (2017). Atacama Culture Accumulation Cycle: the Tradition of Excavating and Exhibiting in the 19th and 20th Centuries. *Journal of Historical Archaeology & Anthropological Sciences*, 2(3), 1-8.
- Gosden, C. & Marshall, Y. (1999). The Cultural Biography of Objects. *World Archaeology*, 31(2), 169-178.
- Gusinde, M. (1916). El Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 19(23), 30-47.
- Horta, H. (2011). El gorro troncocónico o *chucu* y la presencia de población altiplánica en el norte de Chile durante el Periodo Tardío (ca. 1.470-1.536 d.C.). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 43(NE1), 551-580.
- Hoskins, J. (2006). Agency, biography and objects. En C. Tilley, W. Keane, S. Kuechler, M. Rowlands & P. Spyer (eds), *Handbook of Material Culture* (pp. 74-84). London: SAGE Publications.
- Iriarte, I. & Renard, S. (1998). Textiles del norte de Chile en la Colección Echeverría y Reyes del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil*, (3), 81-101.
- Latham, R. (1938). *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago: Prensas Universidad de Chile.
- Lehmann-Nitsche, R. (1912). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires: Imprenta de Coni hermanos.
- Looser, G. (1930). Notas de arqueología chilena. *Boletín del Museo Nacional*, (13), 50-62.
- Mostny, G. (1964). *Arqueología de Taltal: epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- Novoa, X., Acevedo, N., Mardónez, M. & Lobos, N. (1997). Puesta en valor de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, (329), 3-12.
- Núñez, P. (2006). Presentación de un glosario Cunza realizado por tres jóvenes o un encuentro afortunado. En P. Núñez (ed.), *Glosario de la lengua atacameña* (pp. VII-XXV). Antofagasta: Universidad de Antofagasta.
- Orellana, M. (1982). *Investigaciones y teorías en la arqueología de Chile*. Santiago: Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.

- Orellana, M. (1996). *Historia de la arqueología en Chile (1842-1990)*. Santiago: Bravo y Allende Editores.
- Oyarzún, A. (1929). Las calabazas pirograbadas de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (66), 82-104.
- Oyarzún, A. (1931a). Las tabletas y los tubos para preparar y aspirar la paricá en Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (72), 68-76.
- Oyarzún, A. (1931b). Tejidos de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (73), 216-222.
- Oyarzún, A. (1947). Ultimo informe del Profesor Dr. Don Aureliano Oyarzún. Sobre aplicación del método histórico cultural en el estudio de nuestros aborígenes. *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile*, 2(1), 15-51.
- Oyarzún, A. (1948). Instrumentos de caza y guerra en los antiguos atacameños. En *Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 217-229). Madrid.
- Oyarzún, A. (1981). Talegas atacameñas. En M. Orellana (ed.), *Estudios antropológicos y arqueológicos* (pp. 169-170). Santiago: Editorial Universitaria.
- Panades, J. & González, J. (1998). *Antofagasta, historia de mi ciudad*. Antofagasta: Corporación PRO Antofagasta.
- Pavez, J. (2015). *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Pearce, S. (1994). *Interpreting objects and collections*. London: Routledge.
- Polanco, G. & Martínez, F. (2021). Una colección en disputa. Las controversias entre el Museo de Etnología y Antropología y el Museo Nacional de Historia Natural, 1912-1929. *Cuadernos de Historia*, (54), 69-93.
- Pomian, K. (1990). *Collectors and curiosities. Paris and Venice, 1500-1800*. Cambridge: Polity Press.
- Ponce, L. & Ponce, G. (1911). *Los obreros del salitre*. Antofagasta: Imp. Skarnic.
- Quiroz, D. & Olivares J. (1990). Itinerario de una colección etnográfica Halakwulup: la historia de un despojo. *Museos*, (7), 10-13.
- Quiroz, D. & Olivares, J. (2008). El texto roto: fragilidad, itinerarios & la transformación de los objetos de alteridad (antropología poética de las colecciones etnográficas). En F. Gallardo y D. Quiroz (eds.), *Un almuerzo desnudo. Ensayos en cultura material, representación y experiencia poética* (pp. 145-156). Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Romo, M. (2016). La Gran Logia Simbólica Regional Catalana-Balear en Chile. *Archivo Masónico*, (39), 17-25.

- San Francisco, A., Ballester, B. & Contreras, R. (2020). *Archivo Augusto Capdeville. Obras visuales*. Antofagasta: Pampa Negra Ediciones.
- Uhle, M. (1912a). Arqueología sudamericana. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (8), 411-425.
- Uhle, M. (1912b). Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. En R. Lehmann-Nitsche (ed.), *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 509-540). Buenos Aires: Imprenta de Coni hermanos.
- Uhle, M. (1912c). Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de junio y agosto de 1912 en la región de Calama. *Anales de la Universidad de Chile. Boletín del Consejo de Instrucción Pública*, (131)
- Uhle, M. (1913a). Informe de la expedición a Calama. *Anales de la Universidad de Chile. Boletín de Instrucción Pública*, (132), 96-100.
- Uhle, M. (1913b). Los indios Atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (9), 105-111.
- Uhle, M. (1913c). Tabletillas de madera de Chiuchiu. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (12), 454-458.
- Uhle, M. (1915). Los tubos y tabletas de rapé de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, (20), 114-138.
- Urbina, S. (2020). Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (Ahead of Print).
- Vaïsse, E., Hoyos, F. & Echeverría y Reyes, A. (1896). *Glosario de la lengua Atacameña*. Santiago: Imprenta Cervantes.

Periódicos

- Cinema Social*, Antofagasta, 28 de junio de 1919.
- El Fénix Gráfico*, Antofagasta, 17 de febrero de 1918.
- El Industrial*, Antofagasta, 31 de julio de 1907.
- El Mercurio de Antofagasta*, Antofagasta, agosto de 1907.
- El Mercurio de Calama*, Calama, 15 de febrero de 1980.
- La Lllamarada*, Antofagasta, Segunda quincena 1924.

Archivos

- Archivo del Museo Histórico Nacional, Santiago, Chile.
- Archivo del Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile.
- Archivo personal de Patricio Espejo, Antofagasta, Chile.
- Archivo personal de Claudio Galeno, Antofagasta, Chile.
- Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, Alemania.